

# Transformaciones en el espacio urbano de las megalópolis de América Latina.

*El caso de la ciudad de Buenos Aires*

**Verónica de Valle**

*Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo,  
Universidad de Buenos Aires*

## Resumen

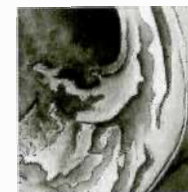
En la ciudad de Buenos Aires, a veinte años ya del inicio de las políticas de reconversión estatal, en pleno tercer mundo, el contorno de la ciudad como dimensión integradora de la ciudadanía parece desdibujarse. Más allá de la consabida segmentación social, una serie de fenómenos acontecen como marca indicial de un futuro por cierto amenazante. Proyecciones mediante, aquello que encontramos como radicalmente novedoso es la justa contrapartida de la negación al acceso público y al uso como un modo de apropiación de la ciudad.

En este sentido, el presente texto intenta analizar cómo esta ciudad ha consagrado sus espacios más preciados a un proceso de “musealización” cuyo reverso implica un cuestionamiento de la categoría de público y de ciudadanía en tanto inclusivos universales. Rejas, cadenas, seguridad privada, acceso restringido y monumentalización visual del patrimonio público que se rescata fragmentariamente como patrimonio histórico, reorganizan el circuito de vivencia y acceso, aquel que hasta no hace mucho tiempo era sinónimo de los beneficios de la libertad.

## Abstract

*In the city of Buenos Aires, twenty years since the start of state restructuring policies, in the third world, the skyline as integrative dimension of citizenship is blurred. Beyond the usual social segmentation, a series of phenomena occur as a future indicial mark indeed threatening. Projections through, what we find as radically new is the fair compensation for the denial of public access and use as a mode of appropriation of the city.*

*In this sense, this paper attempts to analyze how this city has devoted their precious space to a process of “museological” the back of which implies a questioning of the category of public and inclusive citizenship as universal. Bars, chains, private security, restricted access and visual monumentalization public property that is rescued fragments as historical, reorganize the experience and access circuit, that until not long ago was synonymous with the blessings of liberty.*



La concentración y la dispersión de la población ha definido desde los inicios de la modernidad una de las características principales de los paisajes rural y urbano respectivamente (Sarmiento, 1845; Simmel, 1977). En términos generales, el modo de constitución de la identidad urbana operó por diferencia, por oposición a los modos de habitar el campo, aquella extensión que principalmente en América se torna inconmensurable. Ciudad y campo han pervivido como oposición fundante y prolífica dentro de una serie de géneros descriptivos e interpretativos donde podemos ubicar tanto la reflexión de las ciencias sociales como la literatura. Los aspectos que cada una de ellas describe, analiza y proyecta varían a la par de su característica como género de lo social; sin embargo la estabilidad de la oposición urbano/rural, dispersión/concentración, parece inquestionable, y de hecho lo es empíricamente. Cada uno de estos términos define irremediablemente un modo del habitar, una transformación del espacio y de la percepción del mismo para sus habitantes. Los diversos modos de la socialidad, del encuentro cara a cara, de la instauración de una relación social, fueron materia de análisis de los padres fundadores de la sociología (Simmel, 1977; Durkheim, 1895; Weber, 1981) y de la urbanística, en la medida en que ellos mismos asistieron como actores al proceso que transformó lo rural en desierto y la gran ciudad en metrópolis.

Dicha percepción, la presencia de un *otro* en la proximidad del entorno urbano avivó no sólo los miedos a las figuras de lo desconocido —demonizadas en la literatura romántica y diseccionada en la policial—, sino que planteó fundamentalmente un nuevo orden social anclado y legitimado en el concepto de “ciudadanía” (Hobbes, 1990; Locke, 1990 Rousseau, 1955).

La herencia de la Ilustración, aquel universal que constituía la contrapartida del Estado, esto es el ciudadano moderno, pareció coincidir con el moderno habitante de las modernas ciudades. Correlativamente a este proceso, se generaron un sinnúmero de espacios públicos, espacios en donde la vida política ampararía el desarrollo de la virtud ciudadana y del progreso. En América, la utopía de Domingo Faustino Sarmiento fue inescindible de la dimensión pública, del trazado de un encuentro cara a cara, tanto en la pequeña aldea rural como particularmente en la gran ciudad. En ambas, las características del territorio, la significación que el mismo asumiese para sus habitantes/ciudadanos fue inseparable del desarrollo de la virtud cívica como instancia superadora del conflicto político y del particularismo identitario (Sarmiento, 1845).

Las consecuencias del proyecto político de la Ilustración, son conocidas y han sido desde el siglo XIX debidamente cuestionadas. La idea misma de “homogeneidad” cultural, educativa y cívica, y de las implicancias de un proceso civilizatorio con sesgos totalizantes, ha sido criticada tanto por las posturas particularistas que enfatizaron el carácter irreductible de una cultura,<sup>1</sup> como por aquellas que vieron detrás del proceso descrito el siniestro espectro de la racionalización. Aparentemente el debate fue saldado en pos de un pensamiento crítico social (Adorno, 1984).

1. Se refiere a las posturas que esencializan el problema de la identidad, de la tradición y de la herencia cultural, afirmando la existencia de un sentido único, ahistóricamente definido.  
2. Luego de la segunda posguerra numerosas voces han reflexionado sobre el problema de la convivencia, el odio, la discriminación y la necesidad de instituir un piso de socialidad que garantice la continuación de una sociedad no fragmentada, aquella que parecía fagocitar a sus propios individuos. En este tipo de planteamientos pervivió la sospecha

Pensamiento que no renunció a la idea de ciudadanía y de espacio público como fundante de un orden político más igualitario y garante de los derechos humanos.<sup>2</sup> La denuncia social apuntó al proceso de homogeneización y se detuvo frente a aquello que surgía como incuestionable en la segunda posguerra: la necesidad por recuperar la dimensión política de la vida anclada en un espacio público y complejizada en una sociedad de masas.

Desde este punto de vista, la asunción de la ciudadanía como genérico universal y la idea de progreso pervivieron tanto dentro de las políticas desplegadas por el Estado de bienestar como en el impulso desarrollista propio de los años sesenta y comienzos de los años setenta. En aquel contexto una ciudad abierta permitía el uso y apropiación del espacio público, como modo de ejercicio político de la ciudadanía. La circunscripción de un centro territorial, la ampliación de los derechos, la apertura de centros y espacios culturales como modos de valencia de acciones colectivas parecía inseparable de su articulación dentro de un determinado espacio urbano. En este sentido, la experiencia urbana constituyó una dimensión de la ciudadanía (Sennett, 1990).

A veinte años ya del inicio de las políticas de reconversión estatal, en pleno tercer mundo, el contorno de la ciudad como dimensión integradora de la ciudadanía parece desdibujarse. Más allá de

de un orden opresivo que limitaba al momento de dar, que instituía derechos simultáneamente violados, o que presentaba como verdad aquello que no era otra cosa que el índice más potente de la pérdida de conciencia. Al respecto, la recuperación del concepto gramsciano de “hegemonía” realizada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe es significativa, abriendo un nuevo horizonte de comprensión que, lejos de posturas metafísicas, lee en otra clave los problemas del orden, el poder, el conflicto y la política.

la consabida segmentación social, una serie de fenómenos acontecen como marca indicial de un futuro por cierto amenazante. Proyecciones medianamente, aquello que encontramos como radicalmente novedoso es la justa contrapartida de la negación al acceso público y al uso como un modo de apropiación de la ciudad.

En este sentido, y tomando el caso que analizaremos a partir de ahora, Buenos Aires ha consagrado sus espacios más preciados a un proceso de “musealización” (Huyssen, 1998),<sup>3</sup> proceso cuyo reverso implica un cuestionamiento de la categoría de público y de ciudadanía en tanto inclusivos universales. Rejas, cadenas, seguridad privada, acceso restringido y monumentalización visual del patrimonio público que se rescata fragmentariamente como patrimonio histórico, reorganizan el circuito de vivencia y acceso, aquel que hasta no hace mucho tiempo era sinónimo de los beneficios de la libertad.

Dentro del nuevo escenario urbano aparece así cuestionada la idea de ciudad como condición de posibilidad del ejercicio de la ciudadanía, y suspendidas las afirmaciones sobre la igualdad de derechos. Buenos Aires se descompone, se desarticula en múltiples ciudades, permitiendo que cada una presente su carta de ciudadanía, legitimando habilitaciones restringidas y permisos para acceder a un espacio diferencialmente otro de aquel al que nos habíamos acostumbrado.

Del mismo modo en que la idea de “lo común” aparece cuestionada, el progreso como proyección de un modo de habitar la ciudad vuelve sobre sí mismo en una suerte de movimiento entrópico. Más que utopías futuristas, tecnológicas y políticas, comienza a surgir la utopía del diseño como modo de articulación de los espacios significativos. El

fervor que suscita toda la obra de reciclaje, constituye uno de los indicadores más potentes de este proceso, que abarca más que nunca la conciencia sobre la potencialidad de la imagen. Las millonarias sumas que se barajan en torno a la continuación de las vías de acceso a las metrópolis, el reciclado de las zonas históricas y el *merchandising* folklórico quedan justificadas por el recambio de la imagen de un sitio abierto al exterior, al turismo y a un nuevo planteo de la vida en la ciudad, más cercana a una experiencia de gratificación estética que a un uso político/público de la misma. La limpieza neutral de la suciedad, del abandono y de sus ocasionales habitantes, dibuja nuevas esperanzas de progreso y de modernización para aquellos a quienes ha sido destinado, y fomenta una serie de predicados xenófobos sobre la calidad del espacio abandonado y de sus pobladores. La limpieza estética, la aparente neutralidad de la empresa de “reconversión de la imagen” puede derivar en toda una serie de argumentaciones sobre para quién, cómo y por qué motivos se obra como se obra. Preguntas, que cuestionan nuevamente la calidad de la ciudadanía como concepto universal, y el reconocimiento de derechos como instancia previa a toda discusión.

En este sentido, las políticas de la justificación operan como emergentes de una jerarquía *cuasi* natural de los habitantes ciudadanos. Fácilmente localizables en la escala valorativa de lo social, los nuevos fenómenos de nuestra época resignifican lo que aparece como polo opuesto del análisis. La

3. La idea de un museo alojando la memoria, presenta una serie de artistas interesantes para el debate pues permite determinar si detrás de la exposición de la historia encontramos su cosificación o, por el contrario, una restitución —siempre sospechada— del sentido que la acompañaba como tal.



encarnación físico/tipológica de la violencia, la juventud, la marginalidad y la desocupación, legítima y justifica por sí misma la suerte de lo que puede ser visto como nuevo patriciado urbano: público dilecto de aquellas zonas que buscan expandirse como iniciativa privada de recuperación del acceso y el disfrute de la ciudad. Desde esta perspectiva, los paseos privados abren un nuevo llamado a la ciudadanía, aquel que interpela desde la fruición visual y que recuerda que la experiencia estética constituye una experiencia sensitiva. Curiosamente, el conservacionismo expuesto en estos lugares, su cuidado, su aseo, su seguridad, lo suele llamarse “musealización” (Huyssen, 1998) parecieran esgrimir un valor positivo y diferencial en oposición a aquellos otros sitios donde lo público es sinónimo del peligro y la desolación.

Ciudad siniestra, ciudad ominosa, donde lo familiar se ha vuelto ajeno, otro, terrorífico. En este sentido, como en tantos otros, el paseo por zonas que en el pasado fueron sinónimo de vida cultural y encuentro puede acontecer como recuerdo traumático de aquellos años donde la diferencia social no marcaba el límite de la condición de lo humano.<sup>4</sup> Revisemos brevemente algunas de las modificaciones más significativas tanto desde el punto de vista espacial como asimismo y fundamentalmente simbólico.

A diferencia de ciudades como Berlín, el proceso de reconversión de la imagen de la ciudad no opera como reconstrucción desde las ruinas sino como una reasignación de funciones, acompañado y en muchos casos precedido por una transformación

en términos de diseño. En este sentido, el trabajo gráfico y comunicacional realizado para las empresas públicas que fueron privatizadas ha sido señero (Socolovsky, 2011). Es la imagen la garantía de los valores que supuestamente representa, es ella la reorganizadora de la significación de la empresa y por ende la que construye un nuevo vínculo entre la misma y su público. La metáfora de la imagen como *analogon* (Barthes, 1990; Debray, 1996; Eco, 1970) de la identidad es muy reciente dentro del imaginario social. Con idéntico impulso se ha emprendido la reconversión de ciertas zonas de la ciudad. El cambio, desde aquí, no obedece a la modificación de la apariencia edilicia sino a los significados que asume la transformación de su imagen. Los diques de la zona portuaria han devenido *lofts*, restaurantes, oficinas; una zona urbana que representaba la síntesis más extrema de la ilegalidad, se vuelve recuperada como símbolo porteño con los sesgos neoliberales de las políticas que caracterizaron a los años noventa en América Latina: regulación del acceso, consumo, recreación, etcétera. Nuevos *shoppings*, cines, negocios, vitrinas, vuelven a juntar a sus públicos y a seducirlos con la promesa de encontrar lo esperado, lo siempre familiar, lo equivalente a sí mismo. Lamentablemente se trata de una equivalencia particularizada. No casualmente ciertos lugares parecen acordar naturalmente con cierto tipo de personas.

Fuera de mezclas, contaminaciones y exposición a la mirada de otros, la pertenencia a una clase de habitantes de la ciudad condiciona el recorrido que se haga. Exponerse a lo contrario implicaría volver la mirada hacia experiencias traumáticas, temibles percepciones sobre los márgenes de la ciudad y de la sociedad, el límite del consumo, el *sub-urbio* en su sentido más pleno. El Abasto, mercado porteño,

símbolo de la ciudad y de Almagro, ya no volverá a tener la gloria que lo asociaba con la vida cotidiana de Buenos Aires, sus mercados, bodegones y cafés; pero por lo menos abandonará la nefasta asociación con el submundo de la marginalidad y la droga, aquel que motivó su bautismo como el *Bronx* porteño. Desde su refundación y el reciclaje de rigor para adaptarlo en tanto espacio a los cánones de un *shopping*, ya no será visible como monumento de la decadencia urbana. Concesiones del nuevo progreso, se olvidan los desalojos *cash* (Carman, 2006),<sup>5</sup> el modo de borrar las huellas de la marginalidad, urgidos por eliminar estigmas y transformar la memoria en un recreo más de los que ofrece este mismo espacio. Visitas históricas, el rostro de Carlos Gardel impreso por doquier, adaptaciones al estilo de época, y la recurrente imagen de Buenos Aires de principio de siglo, se combinan con las comidas rápidas, la segmentación de la oferta cultural según *targets*, gustos y edades. Bajo el signo de la mercancía (Adorno y Horkheimer, 1981), el consumo histórico dosificado exactamente con las cuotas necesarias de drama y de épica, convive con otro tipo de manifestaciones del valor, más banales pero no menos contundentes. Bajo la matriz de una lectura uniforme, se ha abandonado cualquier otra reflexión que problematice las demás significaciones que sigue asumiendo el Abasto.

Cincuenta cuerdas más al sur, el barrio de La Boca accede a un nuevo espacio cultural. La Fundación Proa, solventada y auspiciada por algunas de las empresas más importantes de Argentina, llama la atención como enclave de progreso y transformación en un entorno que perdió hace mucho el brillo que lo caracterizaba como barrio. Tratando de emular, quizás, la idea de espacio abierto que instituyera el *Instituto Di Tella* en los años sesenta, esta Fundación

ha reciclado un antiguo edificio siguiendo las directrices de las nuevas tendencias arquitectónicas. Sin embargo, la convivencia entre progreso y suburbio continúa siendo traumática. Siguiendo el pautado que supone un análisis en términos estéticos, más que afirmar que la Fundación desentona con el entorno, puede sostenerse que La Boca —como zona característica de estratos sociales medios y bajos— desentona con la Fundación, así como el comercio y las transacciones de todo tipo registradas en Retiro distorsionan el aire señorial de Plaza San Martín. Se trata de contextos grises y pobres —no por ausencia de colores, sino por ausencia de valor— que subrayan como clave de diferencia cualitativamente positiva el espacio cercado de otro mundo.

Disruptivos y fragmentarios se presentan otro tipo de escenarios, más fugaces o más alejados. Con idéntico sentido, son cuestionadas las protestas de los trabajadores rurales, de los indios del Chaco a quienes se les está expropiando sus históricas tierras, de los trabajadores estatales, los recolectores informales de residuos, y de quienes cortan rutas y calles para protestar. De esta forma, el sentido común, por cierto ideológico (Zizek, 2003) juzga y justifica a través de aparentes diferencias irremediables, las razones que hacen que algunos seres humanos gocen de las prerrogativas de la dignidad. Sospechas no parecen faltar: los inmigrantes kosovares fueron en realidad gitanos devenidos por oportunismo social en “refugiados”, los docentes en vez de trabajar molestan con sus cortes de calle, los delincuentes son en su mayoría inmigrantes ilegales de los países limítrofes o jóvenes

4. Se tiene presente como ejemplo a la calle Lavalle, anteriormente símbolo de los cines y las salidas porteñas, actualmente vinculada a la marginalidad urbana y los conocidos “chicos de la calle”.

5. El neologismo fue elaborado por María Carman en el transcurso de su investigación de doctorado sobre el proceso de “ennoblecimiento” del barrio de Abasto, en la ciudad de Buenos Aires.

que delinquen porque se amparan en la el código penal que impide la penalización de menores de edad —según reza la mayoría de los periodistas en los medios de comunicación—. La saga xenófoba parece ser infinita e inimputable en cuanto a su lectura de lo social como problema. Simultánea y correlativamente, nuevas cartografías simbólicas se marcan en el espacio urbano.

Transitar de un lado al otro en auto, se está transformando en una necesidad. Se reconoce cada vez más la imposibilidad de determinados accesos, por limitaciones económicas y por seguridad personal. Pero aún más allá de la sensación de incomodidad que puede invadir el darse cuenta de este tipo de transformaciones, lo que pareciera estar en juego son las clases de tensiones sobre las que trabajan las distintas imágenes de ciudad. Las ciudades que habitan a Buenos Aires responden a las nuevas características de la población, características imposibles de sintetizar en ningún concepto genérico como lo fuera el de ciudadano, pueblo, sociedad. Sobre esta base de desarticulación social la pregunta por un sustrato político más que como instancia *a priori*, como meta, devendría una proyección del vacío.

Si por un lado se despliega lo estético como forma hegemónica de validez de las iniciativas y de las vivencias de la ciudad, por el otro, la posibilidad de la convivencia nos obliga a plantearnos nuevamente la pregunta por la factibilidad de lo político, por el

pasaje de la condición civil a la de la ciudadanía. El no reconocimiento de derechos, conjuntamente con la desarticulación de instancias que vayan más allá del particularismo y de las políticas particularistas sobre determinados sectores<sup>6</sup> revela la falta de una instancia de legítimo poder político que replantee la cuestión de la ciudadanía como instancia primera para un debate sobre derechos y obligaciones. Desde aquí, la proliferación de políticas culturales, de políticas de lo público, pareciera un simulacro cuya contrapartida es justamente la política como vacío (Laclau, 1996).

No casualmente, al antiguo mapa característico de la ciudad, aquel que daba entidad y diferencia a cada uno de los barrios, se le sobreimprime actualmente, la condición de territorio resguardado o expuesto a la violencia, sinónimo de la opulencia o de la miseria, recorrido sugerido o desechado. Buenos Aires, como las grandes metrópolis del mundo, suma problemas de orden social a su agenda cotidiana. Problemas que parecen quedar resueltos en el traslado de pobladores, fomento de la inversión capitalista y corridas policiales. La condición de vida extramuros asimila toda suerte de metáforas del desamparo y fundamentalmente de la desarticulación social, o para decirlo en otros términos: el planteo sobre la posibilidad de convivencia como sustrato de la vida política.

El contractualismo *hobbesiano* en tanto problema teórico y político insinúa cobrar vigencia en las sociedades del nuevo milenio, cuyo contexto es la gran urbe y la aparición de un sinnúmero de figuras del “otro social”. Figuras que tienen también su contrapartida visible. En el ínterin, el paisaje urbano se aproxima al cumplimiento del ideal de la señalización, de la transparencia de significado que asumen las imágenes de los diversos territorios:

zonas oscuras, zonas iluminadas, brillo y opacidad, suciedad y limpieza, olores desagradables y perfumes; todos ellos trazan con exactitud el contenido del lugar que representan.

Ciudad marcada por diferencias que van más allá de las necesarias para la constitución de un sistema pluralista y democrático, Buenos Aires, hace ya más de veinte años, se encuentra signada por desfases profundos, por distancias irremediables. Distancias que se corporizan en figuras sociales y en territorios identificables. La posibilidad de reconocer la visibilidad de tales diferencias y de que cada una de ellas ancle en una zona delimitada, nos habla de un nuevo índice de la fragmentación social. Una nueva forma de señalar a los habitantes de la ciudad, y de —en función de lo expuesto— desprender políticas fragmentadas que apunten a las necesidades de cada sector. Como si dicha diferencia marcara un valor esencial, imposible de ser definido en relación

a cualquiera de los demás términos de la ecuación ciudadana. De este modo encontramos una reorganización de los derechos en función de necesidades particulares. Así existen quienes tienen derecho a divertirse, otros que tienen derecho al sistema de salud, algunos pueden gozar de las prerrogativas de la libertad y pasear sin ser detenido por la policía, otros tienen derecho a trabajar y por lo tanto hacer de la vía pública un *stand* privado, pero otros no tienen derecho a trabajar en la vía pública. La visibilidad de tales marcas, marcas índices, marcas de una existencia social determinada, ha impuesto nuevas pautas de habitabilidad: determinados territorios, con determinados habitantes, con determinados derechos. El particularismo extremo que esta clase fragmentación expone, pareciera no ser otra cosa que el reverso de una de las preguntas fundantes del pensamiento social y del orden político moderno. Esto es: quienes tienen derecho y por qué lo tienen.

6. Así parecen demostrarlo los argumentos que subrayan la necesidad de “compensar” los problemas de los chicos de la calle, las prostitutas, los travestis, los desocupados, los marginales, como si se tratase de diferentes categorías de problemáticas que distan de los problemas de un orden político, aquellos que refieren a derechos y obligaciones del Estado y la sociedad. De este modo los problemas aparecen anclados en un particular, y el destino de los mismos coincide con el destino de las figuras que los encarnan.

Bibliografía

ADORNO, Theodor (1984). *Crítica cultural y sociedad*. Madrid: Sarpe.

ADORNO, Theodor y Max Horkheimer (1981). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Aka.

ARFUCH, Leonor (comp.) (2002). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo.

BARTHES, Roland (1990). *La aventura semiológica*. Buenos Aires: Paidós.

CARMAN, María (2006). *Las trampas de la cultura. Los “intrusos” y los nuevos usos del barrio de Gardel*. Buenos Aires: Paidós.

DEBRAY, Régis (1996). *El estado seductor*. Buenos Aires: Manantial..

DURKHEIM, Émile [1895]. *Las reglas del método sociológico*.

ECO, Umberto (1979). “Semiología de los mensajes visuales”, en *Análisis de la imagen*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.

HOBBS, Thomas [1651]. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*.

HUYSEN, Andreas (1998). *Anselm Kiefer*. Buenos Aires: Goethe Institut/Fundación Proa.

LACLAU, Ernesto (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.

LACLAU, Ernesto y Chantal Mouffe (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.

LOCKE, John (1990). *Segundo tratado sobre el gobierno civil*. Madrid: Alianza Editorial.

MARX, Karl (1867). *El capital*.

ROUSSEAU, Jean Jacques (1955). *Emilio*. Buenos Aires: Safian.

SARMIENTO, Domingo Faustino (1845). *Facundo. Civilización y barbarie*.

SARMIENTO, Domingo Faustino (1993). *Viajes por Europa, África y América. 1845-1847*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

SENNETT, Richard (1990). *La conciencia del ojo*. Barcelona: Versal.

SIMMEL, Georg (1977). *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

SOCOLOVSKY, Paula (1998). “Memorias del diseño o el diseño sin memoria. Génesis de la identidad visual en la Argentina, el diseño gráfico y su profesionalización” [Artículo inédito].

WEBER, Max (1981). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

WHITE, Hayden (1992). *El contenido de la forma*. Barcelona: Paidós.

WILLIAMS, Raymond (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

ZIZEK, Slavoj (2003). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.